

La atenuación en la creación retórica del conocimiento científico

Mitigation in the rhetoric creation of scientific knowledge

Lic. Diana Elena Prieto-Acosta

dianae@infomed.sld.cu

Centro Nacional de Ciencias Médicas, Editorial Ciencias Médicas, La Habana,
Cuba

Resumen

La atenuación de la intensidad de los enunciados es crucial para la creación retórica del conocimiento científico. Refleja el grado de certeza que los autores pueden invertir en sus enunciados y funciona como uno de los indicios de contextualización mínima de los que depende un proceso ostensivo-inferencial que no genere implicaturas falsas. Es una necesidad inseparable del *ethos* científico, que explica, por ejemplo, por qué Galileo, arriesgando su vida, prefirió decir “Y, *sin embargo*, se mueve”, en vez de optar por un categórico “La tierra se mueve”.

Palabras clave: modulación, intensidad, atenuación, retórica de la ciencia.

Abstract

The mitigation of utterance's intensity is crucial for the rhetoric creation of scientific knowledge. It reflects the degree of certainty that authors can invest in their statements, and functions as one of a class of contextualization cues on which an ostensive-inferential process that does not generate false implicatures depends. It is an inseparable need of the scientific *ethos*, and explains, for instance, why Galileo, risking his life, said “*And yet it moves*” instead of opting for a categorical “*The earth moves*”.

Key words: modulation, intensity, mitigation, rhetoric of science.

Introducción

Hoy, por fin, tras el descubrimiento de los manuscritos de Saussure en 1996, sabemos que el padre de la lingüística moderna había reconocido que la separación entre gramática, retórica, estilística, lexicología, etc. es apenas metodológica, pues “todo esto es inseparable” (2004, p. 48).¹ Sus palabras reivindican a quienes han reconocido la necesidad de trascender el espacio de la *langue* y hacer una “nueva lingüística” o

¹ Las cursivas son del original. La cita corresponde a “De la doble esencia del lenguaje”, que integra el conjunto de textos autógrafos de Saussure descubiertos en 1996 en el invernadero de la mansión ginebrina y depositados en la Biblioteca Pública y Universitaria de Ginebra.

lingüística del discurso (Barthes, 1972, p. 12; Benveniste, 1971, p. 130), pero también a la retórica, que no solo fue tal vez la primera en interesarse por desentrañar los mecanismos de la comunicación humana, sino que partió “de un concepto del lenguaje como instrumento operativo cuya validez depende de su oportuno empleo en el entorno social” (Guervós, 2005, p. 2)². Como es obvio, buena parte de la retórica se encuentra en todas las modernas disciplinas, pero al compartir con la pragmática su interés por la realización o actualización comunicativa, entre ambas disciplinas existe una coincidencia tal de aportaciones teóricas, que Gómez Cervantes se permite pensar en la retórica como una “pragmática de los antiguos” –dada su anterioridad en el tiempo (2012, p. 435)–, autores como Dascal y Gross asumen la pragmática como una retórica cognitiva (1999, p. 129).

Desarrollo

La modulación de la intensidad de los enunciados

Un buen punto de partida para ilustrar la interrelación entre estas dos disciplinas, a las que se une la estilística, se halla en la noción retórica de *accommodatio*, término clave en la descripción ciceroniana de la *elocutio*: “es la selección de palabras apropiadas a la invención” (Rodríguez Bello, 2000, p. 99). Pero la asunción de que en la comunicación hay un ajuste mutuo y continuo de los interlocutores se puede rastrear hasta los tiempos de Homero, que calificaba a Ulises de polítopo, pues su héroe tenía la capacidad de adaptar el habla a muchos estilos diferentes (Caffi, 2007, p. 14). Esta versatilidad descansa en la elección de las opciones comunicativas más adecuadas para las circunstancias o *decorum*, que según Quintiliano es la más necesaria de las virtudes de la *elocutio* (Mayoral, 1994, p. 26).

No solo la retórica clásica la consideró así, sino la noción de acomodación pervivió en la estilística (Ch. Bally: *adaptation au milieu*; en Caffi, 2007, p. 15); en la teoría sociolingüística de la acomodación del habla, de Howard Giles (1964) y otros³, y en los postulados actuales sobre enunciación o coenunciación, pues intrínsecamente se entiende

² “Cuando esto sucede –dice Guervós–, o sea, cuando logramos un acto de habla afortunado que haga actuar al receptor en el sentido que a nosotros nos interese, la Retórica, que nos ha enseñado a fabricar esa modalidad de actos de habla, está de enhorabuena” (2005, p. 2).

³ Según esta teoría, el hablante varía su habla estratégicamente en sentido convergente o divergente para acomodarse a su interlocutor (Alcaraz y Martínez, 2007, p. 557; Cutillas, 2003).

la enunciación como una “acomodación intersubjetiva” (Culioli 1973, en Charaudeau Y Maingueneau, 2005, p. 211)⁴. Es, en definitiva, tan crucial en pragmática que autores como Verschueren han interpretado esta disciplina como una teoría de la adaptación (1987, en Caffi, 2007, p. 15)⁵.

A tal necesidad de adaptación responden, de hecho, los fenómenos metapragmáticos⁶ de codificación retórico-estilística de la intensidad de los enunciados: “‘Intensity’ is defined [...] as the emotional expression of social orientation toward the linguistic proposition. [...] Intensity operates on a scale centered about the zero, or unmarked expression, with both positive (aggravated or intensified) and negative (mitigated or minimized) poles” (Labov, 1984, pp. 43-44). Las dos direcciones de la intensidad sirven a los hablantes para ajustarse a los imperativos de los contextos interaccionales, y son tan inherentes al uso del lenguaje que las expresiones “no cualificadas”, categóricas, utilizadas a veces como modelos *in vitro*, apenas existen en la vida real. Por el contrario, el uso lingüístico está coloreado estilísticamente, y lo está a tal punto, que se podría afirmar que los enunciados “no cualificados” son los estilísticamente marcados.

Retórica de la ciencia

El ámbito de la ciencia, por muy aséptico que lo describa su retórica oficial, no escapa de ello. Los hablantes reales hacen como Galileo, cuando arriesgando su vida prefirió decir “Y, *sin embargo*, se mueve”, en vez de optar por un categórico y gris “La tierra se mueve”⁷. La razón primera es muy simple: la dimensión emotiva del lenguaje lo permea todo; la segunda es que por mucho que intentemos distanciarnos cognitiva y emotivamente de lo que decimos, no es posible hacerlo sin abocarnos a múltiples conflictos⁸: entre proporcionar un máximo de informaciones y dar solo informaciones de las que estamos absolutamente seguros; entre ser modestos y corteses sin desvalorizarnos

⁴ La retórica, a la manera de la lingüística de la enunciación, analiza el lenguaje en situación en su dimensión intersubjetiva (Amossy, 2002, p. 156).

⁵ Cfr. Verschueren, J. (1987). *Pragmatics as a Theory of Linguistic Adaptation*. IprA Working Document n. 1.

⁶ Conocimiento tanto del lenguaje como del mundo, y la capacidad para ajustar uno al otro.

⁷ Este ejemplo se puede hallar en Bally (1965, en Caffi 2007:2), donde introduce la distinción entre modo intelectual (*mode pur*) y modo afectivo (*mode vécu*).

⁸ Esta es una comunicación de “doble vínculo”, o sea, una donde el sujeto debe elegir entre opciones contradictorias (Watzlawick *et al.* 1985). Cualquiera de ellas anula la posibilidad de cumplir con la otra.

en exceso, o entre ser claros y cuidar al otro, “pues la franqueza y el tacto no siempre hacen buena pareja” (Charaudeau y Maingueneau, 2005, p. 189).

Es más, el uso de la atenuación retórica en el discurso científico está estrechamente vinculado con el proceso de institucionalización de la ciencia misma (siglo XVII), y en particular con la figura de Robert Boyle (1627-1691), quien reconoció el estrecho vínculo que existe entre la producción del conocimiento y su comunicación (Lewin, 1998, p. 92) —para algunos, actividades diferentes—. Boyle encontró en la atenuación uno de los recursos estilísticos para negociar la verdad de las proposiciones y proyectar modestia y humildad, y su fórmula consistía precisamente en evitar las aserciones categóricas:

In almost every one of the following essays I... speak so doubtingly, and use so often, *perhaps, it seems, it is not improbable*, and such other expressions, as argue a diffidence of the truth of the opinions I incline to, and that I should be so shy of laying down principles, and sometimes of so much as venturing at explications. [...] I dare speak confidently and positively of very few things, except of matters of fact (Boyle, en Shapin, 1984, pp. 495-496).

Según Boyle, solo de los hechos descubiertos y no inventados se puede hablar con seguridad, mientras que de las opiniones sobre sus causas hay que atenuar con la mayor precaución (Hyland, 2009, p. 35). Lo que estaba en juego en las controversias que él suscitó era cómo las aserciones podrían ser autenticadas como conocimiento: ¿qué es el conocimiento, o la “ciencia”?, ¿cómo distinguirlo de otras categorías epistemológicas como “creencia” y “opinión”?, ¿cómo asegurar grados de certeza y seguridad adecuados en la ciencia? (Shapin, 1984, p. 482). Atenuar epistémicamente no solo fue la solución en materia discursiva, sino que, como práctica estratégica, contribuyó a la constitución retórica de la autoridad autorial en los inicios mismos de la ciencia moderna. La propuesta de Robert Boyle gozó de tal éxito que hoy, en los textos prototípicamente científicos⁹, se

⁹ En los textos especializados existe un *continuum* de textos según la especialización por la temática y la especialización por las características o ámbitos “especiales” en que se desarrolla el intercambio de información (Cabré, 2002; Cabré *et al.*, 2007). Entre los factores que determinan estos grados de especialización se encuentran las características de los productores de los textos y las de sus destinatarios, y, en función de estas, el metapropósito comunicativo y el grado de especialización temática. De este modo, hay textos “muy especializados” o “altamente especializados” (prototípicamente científicos, de creación de conocimientos), textos “medianamente especializados” (ej., didácticos, de transmisión de conocimientos) y textos “de bajo grado de especialización” (ej., divulgación científica) (Parodi, 2005, p. 23; 2010, p. 86).

da por sentado que un enunciado que no contiene atenuadores no formula un conocimiento nuevo¹⁰.

Compromiso epistémico

En uno de los trabajos sociológicos más influyentes de retórica de la ciencia, Latour y Woolgar (1986) demostraron que las afirmaciones científicas atraviesan un proceso de aprobación gradual hasta que finalmente consiguen ser aceptadas como “hechos” por la comunidad científica. Esto es, a medida que un argumento científico progresa en el tiempo y pasa a ser aceptado, transita a través de diferentes “tipos de enunciados” que reflejan la metamorfosis de un tópico refutable, impugnabile o controversial, hasta ser un hecho dado verdadero, con un grado de certidumbre en la proposición (p) que aumenta de manera correspondiente (pp. 75-81):

- Tipo 1: conjeturas o especulaciones (probabilidad, modalización epistémica).
- Tipo 2: lo que razonablemente pudiera ser el caso (*si x , entonces y*).
- Tipo 3: enunciados sobre otros enunciados (referencia a las condiciones de p ; citas). Al eliminar la cita se obtiene un enunciado de tipo 4.
- Tipo 4: enunciados no modalizados sobre tópicos aceptados en el campo científico (propios de los libros de texto: *x se define como; x es*).
- Tipo 5: enunciados no cualificados sobre conocimiento implícito (“lo que todo el mundo sabe”). Es improbable encontrarlos en un artículo científico.

En la actualidad, sin modalización epistémica, un texto prototípicamente científico sería automáticamente rechazado, puesto que se considera que las proposiciones categóricas transmiten una representación del saber como incuestionable, lo cual es admisible en los textos didácticos (Hyland, 2009; Reeves, 2005), pero no en el discurso de la ciencia, donde se crea un conocimiento científico que siempre es discutible y provisorio. La modalización epistémica, pues, refleja el compromiso del autor con el grado de certidumbre que tiene en el contenido proposicional de su enunciado (certeza en p ; probabilidad de p). Mediante diversos dispositivos atenuadores de la fuerza de su

¹⁰ “A sentence that look like a claim but has no hedging is probably not a statement of a new knowledge” (Myers 1989, en Varttala, 2001, p. 163).

ilocución (ej., verbos modales, pospretérito, locuciones adverbiales y adverbios epistémicos, et.), el autor evalúa su enunciado e informa a su interlocutor cómo debe entender lo que se le está diciendo. La atenuación, en fin, afecta el tipo de evaluación que hacen los lectores, al punto de que su omisión en los trabajos citantes afecta también la forma en que esta información se incorpora en el trabajo de los autores citantes y en trabajos posteriores (Horn, 2001), pues no se ha considerado que una conclusión atenuada representa apenas un estadio temprano en la evolución del conocimiento sobre un tema.

Implicación cognitiva

Otra imprescindible forma de modular la intensidad del enunciado –compatible con efectos de atenuación o de intensificación, pero a veces con ninguno de ellos según lo esperable contextualmente– se encuentra en el uso de evidenciales lingüísticos, con los cuales el hablante identifica al conceptualizador del contenido proposicional de su enunciado. Con ellos no busca transmitir el grado de certeza que tiene en la verdad o la posibilidad de la proposición (p), sino identificarse explícitamente como su fuente, cuando el conceptualizador es él (“yo pienso que p ”). Por tanto, el evidencial refleja el grado de implicación cognitiva del hablante en la producción del contenido proposicional (Cornillie y Delbecque, 2008, p. 40) y, aunque las inferencias afectan los límites entre la evidencialidad y la epistemicidad (Squartini, 2008, pp. 921-922), evidencialidad y modalización epistémica son dominios semánticos diferentes.

La evidencialidad, como fenómeno deíctico (Bermúdez, 2005; Squartini, 2008), supone la existencia de una mediación entre lo aseverado y su transmisión, pues, eligiendo un enunciado marcado por un evidencial frente a uno sin marca evidencial, el hablante mediatiza sus inferencias y no las presenta por sí mismas, sino que lo hace a través de la indicación de quién ha sido su conceptualizador (Albelda, 2016). Este tipo de indicio puede expresarse con verbos de opinión o de aserción, como se prefiera llamarlos, así como con adverbios y locuciones adverbiales que indican que la fuente del conocimiento es ajena, en los evidenciales reportativos o citativos, o que el origen de la conceptualización está en el propio sujeto del discurso, como en los evidenciales de tipo inferencial.

Aunque se ha postulado que el sujeto conceptualizador expresa con los evidenciales su grado de certidumbre frente al contenido proposicional, tal interpretación dentro de los límites de la modalización epistémica ofrece una visión restringida del uso lingüístico. No solo son posibles valores discursivos de distinto orden (De Saeger, 2007)¹¹, sino que epistemicidad y evidencialidad pueden desempeñar funciones distintas: la epistemicidad debilita la argumentación; la evidencialidad, en cambio, la refuerza. Una prueba de ello es que los evidenciales se pueden combinar con intensificadores (ej., *Creo firmemente que p*).

Autoadscripción de los enunciados

Por el contrario, difuminar las coordenadas décticas del discurso favorece la construcción discursiva del *ethos* científico que el positivismo y luego el neopositivismo “diseñaron” para la imagen oficial de la ciencia moderna: la investigación neutral y objetiva, no afectada por el sujeto cognoscente e incontaminada por presiones e influencias externas (Agazzi, 1996, p. 64). Y no solo está al servicio de la identidad discursiva, o sea, de cómo deseamos ser vistos y cómo deseamos vernos a nosotros mismos, sino que también contribuye a satisfacer necesidades instrumentales, pues, como declaran los propios científicos, este tipo de atenuación les sirve de póliza de seguro para no aceptar la responsabilidad por lo dicho:

Everybody wants to put things in the third person. So they just say, ‘it was found that’. If it’s later shown that it was wrong, don’t accept any responsibility. ‘It was found. I didn’t say I believed it. It was found.’ So you sort of get away from yourself that way and make it sound like these things just fall down into your lab notebook and you report them like a historian...’ (Gilbert y Mulkay, 2003, p. 58).

En efecto, al separar del locutor¹² la evaluación y el compromiso por el enunciado, el hablante diluye su responsabilidad por la producción misma del discurso. La categoría

¹¹ Nótese, por ejemplo, las diferentes lecturas en: *Creo en Dios* (-epistemicidad, -evidencialidad); *Creo que el gobierno ha llevado con gran habilidad la reforma* (+evidencialidad); *El capitán era un hombre pobre, creo que de Bengazi* (+epistemicidad); *Creo que mejor me voy* (+intencionalidad). Más sobre la diferencia entre los significados evidenciales y epistémicos puede hallarse en Albelda (2016), Cornillie y Delbecq (2008), De Saeger (2007).

¹² El productor efectivo del enunciado es el hablante empírico. Ducrot lo opone a los “personajes discursivos” que representan las figuras del locutor, responsable del enunciado que puede o no coincidir con el hablante empírico, y de los enunciadores o voces que pueden estar presentes en el enunciado. Los alocutarios son las personas a las que el locutor declara dirigirse, esto es, sus destinatarios directos. Cf. “La noción de sujeto hablante”, en Ducrot (1984).

retórica que mejor refleja este proceso de ficcionalización o simulación de un marco enunciativo en el espacio del texto es la *aversio ab oratore*, pues el hablante cambia la dirección del discurso (Beristaín, 1995, p. 72) y lo pone en boca de “otro enunciador” (Caffi, 2007, p. 118; Mayoral, 1994, p. 278) por medio de figuras como:

- la *sermocinatio*¹³ que, fundada sobre la polifonía enunciativa, recurre al estilo directo para poner en boca ajena las ideas del autor (Vian Herrero, 2001, p. 148);
- la personificación¹⁴, cuando por medio de desplazamientos metonímicos el autor atribuye la agentividad a objetos inanimados (ej., *el artículo se propone...*);
- la reticencia o *aposiopesis*¹⁵, que no solo se logra con los puntos suspensivos, sino también con la modalización autonímica con comillas, pues el autor interrumpe la lectura literal del enunciado y deja un vacío informativo (Beristaín, 1995, pp. 420-421) que su interlocutor debe tratar de llenar;
- la *enallage* de persona o de número de persona, figura de presencia y de comunión¹⁶ (Perelman y Ollbrechts-Tyteca, 1989, p. 284) que se encuentra, por ejemplo, en el plural pseudoinclusivo con que el autor dialoga con su lector y le hace “considerar como hijas de su inteligencia opiniones y decisiones en realidad implantadas en él por el discurso ajeno” (Gutiérrez Grova, 1999, p. 362).

Y también podría ejemplificarse con ciertas transposiciones de personas que “se salgan de lo gramatical porque solo producen desvío por referencia a una realidad exterior o previa al texto” (Grupo-M, 1982, p. 139), en expresiones del tipo *el autor del artículo* o *este investigador*, con autorreferencias no pronominales similares a las que usaba Julio

¹³ La sermocinación es una forma de dialogismo por la que el orador finge un diálogo con su contrario o con el público (Beristaín, 1995, p. 68). Puede hacerlo introduciendo “en su discurso expresiones en estilo directo formadas por dichos, pensamientos, monólogos o partes de diálogo correspondientes a personajes reales o ficticios (Albaladejo Mayordomo, 1981, p. 108).

¹⁴ La personificación consiste en atribuir a un ser inanimado o abstracto cualidades típicas de los seres humanos. Si el ser personificado se convierte en emisor del mensaje se produce una prosopopeya; si en destinatario, el apóstrofe (Marchese y Forradellas, 2000, p. 318).

¹⁵ La reticencia es una metábola de la clase de los metalogismos que produce su ruptura debido a la supresión total de una proposición que contiene una idea completa (Beristaín, 1995, pp. 420-421), dejando al oyente la tarea de completar el sentido (Marchese y Forradellas, 2000, p. 348).

¹⁶ Procedimiento por medio del cual el orador se esfuerza por crear o confirmar cierta afectividad (comunión) con el auditorio, a menudo gracias a la referencia a una cultura o un pasado comunes. En este caso se trata de mostrar las ideas como propias de los miembros del grupo en que se inserta el hablante y crear así la afectividad. Cfr. Perelman y Ollbrechts Tyteca 1989, p. 282.

César en sus memorias de la guerra civil: “Al tener conocimiento de estos hechos, César arenga a sus soldados. Les relata las injurias que, en todo tiempo, le han hecho sus enemigos; se queja de que Pompeyo haya sido inducido y arrastrado por ellos por envidia y resentimiento de su gloria, mientras que el propio César siempre había favorecido y ayudado a Pompeyo en sus cargos y dignidades” (2005, p. 69).

La objetivación que se consigue con tal simulación produce la impresión de que la opinión personal es conocimiento común, y la mixtura de figuras crea un “zigzag retórico” de evasiones, acometidas y contraataques (Mendiluce y Hernández, 2004, p. 233) que, introduciendo continuos puntos de inflexión, es utilizado en el discurso científico para lograr el difícil equilibrio entre el respeto a los otros miembros de la comunidad discursiva y la reivindicación de los méritos de la propia investigación. Estos puntos de inflexión son manifestación también de cambios de posicionamientos o de roles interlocutivos (*footing*)¹⁷ que revelan la manera en que el individuo se identifica en el contexto social de la comunicación (Goffman, 1981, p. 128) y la imagen de sí mismo o *ethos* que va configurando el locutor con sus modos de decir (Herrera, 2013, p. 894).

Equivalen a un “cambiarse de máscara” del sujeto hablante en la escena que es la comunicación, y abarcan algunas funciones más pasivas (declarante, experimentador, organizador o escritor) y otras más activas (atacante, crítico, analista), que afectan no solo la forma en que se gestiona la producción de los enunciados, sino su recepción, pues constituyen una suerte de “discurso metapragmático mediante el que hacemos saber al oyente cómo debe tomar un enunciado, la fuerza ilocutiva que deseamos darle, el escenario en el que debería entrar el personaje [...] en nombre de quien habla” (Duranti 2000, en Harvey, 2014, p. 142). Lo hacen en tal medida que, según Levinson (1983, p. 68), la deixis de persona debería estudiarse, no a partir de la noción gramatical de persona, sino a partir de esos diferentes roles que pueden adoptar los participantes en la comunicación.

En efecto, al ocupar el pódium de locutor público, el hablante se sitúa en distintos estatus de participación que tienen protagonismos desiguales: no es lo mismo “hablar en

¹⁷ footing. n. 1: a stable position or placing of the feet. 2: the basis or foundation on which something is established. Synonyms: basis, establishment, foot-hold, foundation, ground, groundwork, installation, settlement. En: *Collins Dictionary*, disponible en: <http://diccionario.reverso.net/ingles-definiciones/footing>

representación de” (*speaking on behalf*), que “hablar acerca de” (*speaking about*) o “hablar como” (*speaking as, speaking on your own behalf*), necesario para hablar de sí mismo (Peters, 2016, p. 6). Al hacerlo, el hablante muestra con qué colectivos se identifica o no lo hace, y descomponiéndose en personas diferentes abre un espacio de diálogo con sus interlocutores, lo que también descubre aspectos sociales y discursivos que, en la ciencia, subyacen a las tradiciones de negociación y coconstrucción del conocimiento. Recuérdese que los hechos científicos emergen solo cuando son aceptados (Alcíbar, 2009, p. 296), por lo que los científicos no se limitan solo a comunicar resultados, sino que tratan de persuadir a otros para que los aprueben.

Contextualización mínima

Por otra parte, si bien la modulación de la intensidad del enunciado contribuye a gestionar la asignación de responsabilidades en el discurso, su ausencia o aserción categórica genera en la ciencia dos tipos de implicaturas¹⁸: no necesariamente el enunciado se interpreta como “H sabe que *p*”, sino que la proposición puede asociarse a un sujeto colectivo: “la comunidad científica sabe que *p*” (excluyente) o “yo y toda la comunidad científica sabemos que *p*” (incluyente). Por tanto, la identificación del sujeto conceptualizador del contenido proposicional se ejecuta solo a nivel inferencial, pues en el enunciado no hay ostensiones explícitas¹⁹ de la autoría de la aserción.

Y, aunque para Lyons no hay enunciado epistémicamente más fuerte que las aserciones categóricas (1979, p. 809) –pues si no hay mención explícita de la fuente de la información ni cualificación explícita del compromiso del hablante con su veracidad, se

¹⁸ “En la caracterización del significado discursivo, además de las implicaciones léxicas, existen otras implicaciones cuyo significado está completamente ligado al contexto y a los conocimientos e información que el emisor del enunciado asume que posee el receptor, y no tiene por qué guardar una relación léxico-semántica con la proposición o proposiciones de que consta el enunciado. También se las llama *implicaciones conversacionales*, ya que se presentan con mucha frecuencia, aunque no exclusivamente, en las conversaciones. Por tanto, la implicatura, utilizando los términos de Paul Grice, es una proposición implicada por la enunciación, es decir, el enunciado y el contexto” (Alcaraz Varó y Martínez Linares, 2007, p. 296).

¹⁹ En paralelo a los procesos de codificación y decodificación, la comunicación humana explota también, como recurso intencional y voluntario, la producción e interpretación de indicios. Se denomina *ostensión* a la producción intencional de indicios que orientan al interlocutor en la *inferencia* o reconstrucción de los vínculos que permiten ligar la señal indicial y el contenido al que esta se refiere (Escandell Vidal, 2005, pp. 37-39). Este segundo proceso, paralelo al de codificación/decodificación se conoce como *ostensión/inferencia*.

asumirá que este tiene toda la autoridad epistémica para decir lo que dice—, la aserción categórica implica apenas que el hablante presenta el contenido proposicional como cierto, aunque pueda no tener de él un conocimiento cabal. Así lo demuestra el siguiente enunciado, tomado de *Rayuela*, el clásico de Cortázar: “Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes amborios, en sustalos exasperantes” (1968, pp. 442). Grande Alija advierte que “la presunción de relevancia²⁰ hará que el interlocutor le busque sentido, pero, aunque no consiga hacer una interpretación coherente, podrá establecer de manera inequívoca que se encuentra ante la descripción de una situación pasada que el hablante presenta como verdadera, y para ello le son suficientes el modo indicativo y la modalidad declarativa que envuelve el enunciado” (2002, p. 218).

En mi opinión, por tanto, para hablar de compromiso o de implicación hace falta más, como mínimo, la presencia de modalizadores epistémicos y de evidenciales lingüísticos que aludan a la posición personal. En definitiva, como recuerda Hyland (1996), “good arguments are only “good” from a particular perspective”. Al modular la intensidad de su enunciado, lo que hace el hablante es ofrecer indicios de contextualización²¹ mínima que delimitan el grado de desarrollo de un argumento (especulación *versus* acuerdo intersubjetivo) y reflejan la clase de certeza que invierte en sus enunciados, las evidencias en que se apoya para decir lo que dice y el tipo de verificación a que los interlocutores tienen acceso para aceptar o no lo que les comunica (Grande Alija, 2002, p. 220). De tal modulación depende el desarrollo de un proceso ostensivo-inferencial adecuado, o sea, uno que no genere implicaturas falsas. Por si fuera poco, afecta también la responsabilidad legal de los científicos, toda vez que quien habla solo responde ante la ley por lo que

²⁰ Para Sperber y Wilson cualquier acto de comunicación ostensiva comunica automáticamente una presunción de relevancia; esto es, comunica necesariamente que el estímulo que se está utilizando es relevante para el oyente (Sperber y Willson, 1994, p. 196). La comunicación se basa en el supuesto de que las preferencias de un hablante contribuyen, en una u otra medida, a la modificación del contexto o, en general, del entorno cognitivo del auditorio.

²¹ “Un indicio de contextualización es cualquier rasgo de forma lingüística que contribuye a la señalización de presupuestos contextuales. [...] Los procesos de cambio de código, dialecto o estilo, algunos de los fenómenos prosódicos que hemos discutido como así también la elección entre opciones léxicas, fórmulas locutivas, aperturas y cierres conversacionales y estrategias de secuencialización, todos pueden tener similares funciones contextualizantes” (Gumperz 1982, en Carranza, 2015, pp. 68-69).

presupone o por lo que dice de manera explícita, pero no por inferencias que otros puedan hacer a partir de información sobreentendida (Gutiérrez Ordóñez, 1989, p. 62)²².

Conclusiones

En síntesis, para la creación retórica del conocimiento científico no basta con abrir una perspectiva dialógica que permita negociar y coconstruir argumentos con los lectores, sino que es necesario propiciar un clima de ajuste mutuo entre las expectativas personales y las de la comunidad discursiva. Por ejemplo, piénsese que ante la *aversio ab oratore* el interlocutor puede no poder definir quién está hablando a quién, de quién es el plan que subyace al enunciado o por qué el hablante siente la necesidad de esconderse tras otra persona. En el extremo opuesto, el enunciado “no cualificado” que encarna la aserción categórica poco tiene que ver con la construcción del conocimiento y, aunque a menudo es considerado el arquetipo de aserción científica, en realidad es más bien propio de los textos didácticos, comunicadores más que constructores de conocimiento (Hyland, 2009, p. 115).

Modulando la intensidad de su enunciado el hablante da acceso a sus interlocutores para la construcción dialógica del contenido del discurso (Dunmire, 2008, p. 89). Nótese que los enunciados presentados como altamente confiables, como “hechos”, desvían la atención de los lectores de las condiciones de producción del enunciado y la dirigen a las implicaciones del “hecho”, mientras que los enunciados presentados como relativamente inciertos orientan la atención de los lectores hacia las condiciones de producción del enunciado y, por tanto, a considerar la certeza de lo aseverado (Latour, 1987, p. 22).

En los últimos tiempos los científicos han sido entrenados para escribir textos “que no parezcan retóricos, de modo que toda traza de argumentación se esconda tras el ropaje de la demostración o tras el imperio de los hechos” (Restrepo, 2004, p. 256). Una de las primeras *héxis* o *habitus*, al decir de Bourdieu²³, que adquieren tempranamente los

²² “Los presupuestos pertenecen al sentido “literal” de una secuencia. No están adscritos al enunciado de la misma forma que lo *puesto*, que lo explícitamente afirmado, pero está dentro del mensaje. El hablante es responsable de lo que se afirma en los presupuestos. Por el contrario, los sobreentendidos se distancian y se añaden al sentido literal. No están incluidos en él y permiten decir algo “sin decirlo, pero diciéndolo”. El hablante no es responsable legal de los sobreentendidos. Los presupuestos pertenecen al componente lingüístico. Los sobreentendidos se inscriben en el componente retórico, son hechos de habla, de actuación” (Gutiérrez Ordóñez, 1989, p. 62).

²³ En el sentido de disposiciones durables adquiridas por el individuo a lo largo del proceso de socialización.

científicos es precisamente el de la “escritura invisible” (ídem, p. 255), en la que sustituyen progresivamente *yo observé* por *nosotros observamos* hasta llegar a *se observó*, o incluso a una aserción categórica. Pareciera que tenemos una ciencia de hechos que hablan por sí solos, desprovistos de sujeto, una ciencia “objetiva” y “neutral”, “sin retórica”.

Sin embargo, por más que la “retórica oficial” de la ciencia contemporánea desconozca su naturaleza retórica y promocióne su prosa “sin agente” –posiblemente la mejor argucia retórica que hasta ahora se ha inventado (Gómez Ferri, 1995, p. 126)–, al hacerlo está favoreciendo un estilo retórico que consiste en negarse a sí mismo, por lo que no deja de ser retórico. El problema es que la retórica se hace más importante cuando los debates son tan exacerbados que se convierten en científicos y técnicos (Latour, 1987, p. 30). Los tiempos de la ciencia en los que la observación podía hablar por sí misma ya pasaron, y la ciencia de hoy tiene que ver más con probabilidades que con hechos demostrables (Horton, 1995), lo que significa que la interpretación es clave en las investigaciones. En consecuencia, los lectores no debieran optar por una lectura ingenua y poco productiva; por el contrario, debieran tener herramientas básicas que les permitan descifrar las intenciones de los autores, a menudo encriptadas de manera inconsciente. Olga Restrepo invita al siguiente ejercicio, que ilustra el futuro que imagino para la ciencia:

Imagina una ciencia reconstituida para aceptar sus propios límites y decidida a tomar la responsabilidad que se requiere para persuadir y para dejarse persuadir. Una ciencia que acepta sus propias incertidumbres, su propio carácter discursivo, que no niega sus estrategias de persuasión; unos expertos que están dispuestos no solo a discutir los hechos sino también los valores y los intereses que informan la producción de esos hechos. Esta sería una ciencia sin retórica entre comillas, o más exactamente una ciencia sin anti-retórica. Para que la discusión fluya, como debe fluir (2004, p. 265).

Referencias bibliográficas

1. Agazzi, E. (1996). El bien, el mal y la ciencia. Las dimensiones éticas de la empresa científico-tecnológica. Madrid: Tecnos.
2. Albaladejo Mayordomo, T. (1981). Retórica. Madrid: Síntesis.

3. Albelda Marco, M. (2016). Estableciendo límites entre la evidencialidad y la atenuación en español. In R. González Ruiz, D. Izquierdo Alegría, O. Loureda Lamas (eds.), *La evidencialidad en español: teoría y descripción*. Madrid: Iberoamericana.
4. Alcaraz Varó, E., Martínez Linares, M. A. (2007). *Diccionario de lingüística moderna*. Barcelona: Ariel.
5. Alcívar, M. (2009). Del laboratorio al público: la comunicación tecnocientífica en los centros de investigación. In A. P. Manzano (ed.), *Contar la ciencia*. Murcia: Fundación Séneca - Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia.
6. Amossy, R. (2002). *Nueva retórica y lingüística del discurso* (N. Bermúdez, trad.). En: R. Koren, R. Amossy (eds.), *Après Perelman. Quelles politiques pour les nouvelles rhétoriques? L'argumentation dans les sciences du langage*. Paris: L'Harmattan.
7. Barthes, R. (1972). Introducción al análisis estructural de los relatos. En: E. Verón (ed.), *Análisis estructural del relato: R. Barthes y otros* (2.^{da} ed.). Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
8. Benveniste, E. (1971). *Problemas de lingüística general I* (19.^{ma} ed.). México: Siglo XXI editores S.A.
9. Beristaín, H. (ed.) (1995) *Diccionario de retórica y poética* (7.^{ma} ed.). México: Editorial Porrúa S.A.
10. Bermúdez, F. (2005). *Evidencialidad. La codificación lingüística del punto de vista*. [Tesis doctoral]. Estocolmo, Universidad de Estocolmo.
11. Cabré, M. T. (2002). *Textos especializados y unidades de conocimiento: metodología y tipologización*. En: Joaquín García-Palacios y M. T. Fuentes-Morán (eds.), *Texto, terminología y traducción*. Salamanca: Almar.
12. Cabré, M. T., Bach, C., Castellà, J. M., Martí, J. (2007). *La caracterización lingüística del discurso especializado*. Ponencia presentada en *Aprendizaje de lenguas, uso del lenguaje y modelación cognitiva: perspectivas aplicadas entre disciplinas*. Actas del XXIV Congreso Internacional de AESLA, Madrid.

13. Caffi, C. (2007). *Mitigation*. Amsterdam: Elsevier.
14. Carranza, I. (2015). *Conversación y deixis de discurso* (2.^{da} ed.). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
15. César, J. (2005). *Guerra civil: guerra de Alejandría, guerra de África, guerra de Hispania*. Madrid: Editorial Gredos.
16. Cornillie, B., Delbecque, N. (2008). Speaker commitment: back to the speaker. Evidence from Spanish alternations. *Belgian Journal of Linguistics*, 22, 37-62.
17. Cortázar, J. (1968). *Rayuela*. La Habana: Casa de las Américas.
18. Cutillas Espinosa, J. A. (2003). Variación estilística en los medios de comunicación: una aproximación contrastiva a la teoría del diseño de la audiencia. *Tonos (Revista Electrónica de Estudios Filológicos)*, 5, Disponible en: <http://www.um.es/tonosdigital/znum5/estudios/E-AUDIENCIACutillas.htm>
19. Charaudeau, P., Maingueneau, D. (2005). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.
20. Dascal, M., Gross, A. (1999). The marriage of Pragmatics and Rhetoric. *Philosophy and Rhetoric*, 32(2), 107-130.
21. De Saeger, B. (2007). Evidencialidad y modalidad epistémica en los verbos de actitud proposicional en español. *Interlingüística* (17), 268-277.
22. Ducrot, O. (1984). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Hachette.
23. Dunmire, P. L. (2008). The rhetoric of temporality. The future as linguistic construct and rhetorical resource. In: B. Johnstone, C. Eisenhart (eds.), *Rhetoric in Detail. Discourse analyses of rhetorical talk and text*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
24. Escandell Vidal, M. V. (2005). *La comunicación*. Madrid: Gredos.
25. Gilbert, G. N., Mulkay, M. (2003). *Opening pandora's box: A sociological analysis of scientists' discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.
26. Goffman, E. (1981). *Footing Forms of talk*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

27. Gómez Cervantes, M. M. (2012). Retórica y pragmática: aportación sobre sus convergencias y divergencias. *RILCE*, 28(2), 423-446.
28. Gómez Ferri, J. (1995). La retórica de la ciencia. Orígenes y perspectivas de un proyecto de estudio de la ciencia. *Endoxa: Series filosóficas*, 5, 125-144.
29. Grande Alija, F. J. (2002). Aproximación a las modalidades enunciativas. Universidad de León: Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales
30. Grupo M. (1982). Retórica general. Barcelona: Paidós.
31. Guervós, J. S. (2005). Retórica, pragmática y lingüística de la comunicación. *Revista de investigación lingüística*, 8, 1-28.
32. Gutiérrez Grova, A. (1999). La retórica clásica: un antecedente de la sicosociología del lenguaje. En: C. Álvarez Morán, R. M. Iglesias Montiel (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio. Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos: la tradición grecolatina ante el siglo XXI*. Murcia: Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia.
33. Gutiérrez Ordóñez, S. (1989). *Introducción a la semántica funcional*. Madrid: Síntesis.
34. Harvey, A. (2014). Encuentros orales con fines de estudio: aproximaciones al tema. En: J. Falk, J. Gille, F. W. Bermúdez (eds.), *Discurso, interacción e identidad. Homenaje a Lars Fant* (pp. 137-159). Stockholm: Acta Universitatis Stockholmiensis.
35. Herrera, E. (2013). Palabra del otro y ethos. Ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina, Mendoza, Argentina.
36. Horn, K. (2001). The consequences of citing hedged statements in scientific research articles. *BioScience*, 51(12), 1086-1093.
37. Horton, R. (1995). The rhetoric of research. *British Medical Journal*, 310, 985-988.

38. Hyland, K. (1996). Writing without conviction? Hedging in science research articles. *Applied Linguistics*, 17 (4), 433-454.
39. Hyland, K. (2009). *Academic Discourse. English in a Global Context*. London: Continuum.
40. Labov, W. (1984). Intensity. In: D. Schriffrin (Ed.), *Meaning, form, and use in context: Linguistic applications* (pp. 43-70). Washington, DC: Georgetown University Press.
41. Latour, B. (1987). *Science in action. How to follow scientists and engineers through society*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
42. Latour, B., Woolgar, S. (1986). *Laboratory life: The social construction of scientific facts*. New Jersey: Princeton University Press.
43. Levinson, S. C. (1983). *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press.
44. Lewin, B. (1998). Hedging: Form and Function in Scientific Research Texts. In I. Fortanet, S. Posteguillo, J. C. Palmer, J. F. Coll (Eds.), *Genre studies in English for academic purposes* (Vol. 9, pp. 89-108). Castellón: Publicaciones de la Universitat Jaume I.
45. Lyons, J. (1979). *Semantics*. Vol. 2. London: Cambridge University Press.
46. Marchese, A., Forradellas, J. (2000). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.
47. Mayoral, J. A. (1994). *Figuras retóricas*. Madrid: Síntesis.
48. Mendiluce Cabrera, G., Hernández Bartolomé, A. (2004). El zigzag retórico en el artículo biomédico inglés: evasiones, acometidas y contraataques. *Panacea*, 5(17-18), 232-243.
49. Parodi, G. (2005). *Discurso especializado e instituciones formadoras*. Valparaíso Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
50. Parodi, G. (2010). *Academic and Professional Discourse Genres in Spanish*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamin's Publishing Company.

51. Perelman, C., Ollbrechts-Tyteca, L. (1989). Tratado de la argumentación. La nueva retórica (5.^a ed.). Madrid: Gredos.
52. Pernot, L. (2005). Rhetoric in antiquity. Washington, D.C.: The Catholic University of America Press.
53. Peters, S. (2016). Speaking on Your Own Behalf: Managing Footing and Representation in “Indigenous,” Intercultural Public Discourse. Working Papers in Educational Linguistics, 31(1), 1-20.
54. Reeves, C. (2005). The Language of Science. New York: Routledge.
55. Restrepo Forero, O. (2004). Retórica de la ciencia sin 'retórica'. Sobre autores, comunidades y contextos. Revista Colombiana de Sociología, (23), 251-268.
56. Rodríguez Bello, L. I. (2000). Retórica y estilo. Investigación y Postgrado, 15(1), 95-122.
57. Saussure, F. d. (2004). Escritos sobre lingüística general. Barcelona: Editorial Gedisa.
58. Shapin, S. (1984). Pump and Circumstance: Robert Boyle's Literary Technology. Social Studies of Science, 14(4), 481-520.
59. Sperber, D., Willson, D. (1994). La relevancia (cap. 3) Relevancia. Madrid: Visor.
60. Squartini, M. (2008). Lexical vs. grammatical evidentiality in French and Italian. Linguistics, 46(5), 917-947.
61. Varttala, T. (2001). Hedging in Scientifically Oriented Discourse. Exploring Variation according to Discipline and Intended Audience. [Tesis doctoral]. Finlandia: University of Tampere. Disponible en: <http://acta.uta.fi/pdf/951-44-5195-3.pdf>
62. Vian Herrero, A. (2001). Voces áureas. La prosa. Problemas terminológicos y cuestiones de concepto. Crítica, 81-82, 143-155.
63. Watzlawick, P., Beavin, J. H., Jackson, D. D. (1985). Teoría pragmática de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas. Barcelona: Editorial Herder.